

Juan Negro

León-Felipe, poeta español



ANTES de la reciente guerra española, la obra de León-Felipe era muy poco conocida entre nosotros. Su nombre sólo figuraba en ciertas antologías o en algunas citas escasas. Pero a medida que avanzó la guerra su voz comenzó a hacerse oír junto a la de aquellos escritores españoles que luchaban—muchos de ellos con el fusil al brazo—, por la república

En las revistas y otras publicaciones que aparecían en Madrid, Valencia o Barcelona, el nombre de León-Felipe comenzó a destacarse al lado del de Antonio Machado, Rafael Alberti, Miguel Hernández, José Bergamín y tantos otros.

Comparando la labor de León-Felipe con la de sus compañeros, se perciben pronto algunos rasgos que la diferencian netamente. Desde luego, la estructura de sus poemas: desnudos, con un ritmo que apenas los aparta de la prosa común y que, en muchas ocasiones, se desliza valientemente hacia la simple prosa sin que el poema en general sufra menoscabo por ello.

En verdad, a León-Felipe, como a todo verdadero poeta, no le interesa la retórica, la literatura hábilmente elaborada. El lo ha expresado en las palabras que transcribo: «Hoy más que nunca es para mí la poesía fuego organizado, señal, llamada y llamarada de naufragio». Y en otra parte dice que en su obra la prosa «es un elemento poético que gana calidad, no con el ritmo, sino con la temperatura».

En cuanto al fondo, su poesía se caracteriza por una sinceridad insobornable, por un patetismo profundo, por un vaciarse entero—con sus esperanzas, rencores, odios y amores—en los anchos cauces de sus poemas. Y, por sobre todo esto, se caracteriza por su españolismo; por su recio carácter de español que sufre intensamente a unísono con los destinos de su patria herida.

Pero León-Felipe, para llegar a este hispanismo total y a esta intensidad señera, ha debido recorrer un largo camino.

A continuación, examinaremos aunque sea someramente su vida y su obra.

León-Felipe Camino nació en Tábara, Zamora, en 1884. Su infancia transcurre en la sierra de Salamanca y en Santander. Estudia farmacia en Valladolid y en Madrid. Pero el poeta amaba los viajes, el continuo cambiar, el ajetreo por muchos caminos. Entonces se dedica al teatro y trabaja como actor en la compañía de Tallaví.

Sus poemas aparecen por primera vez en la revista

«España» dirigida por Enrique Diez-Canedo; y, poco después, en 1920, publica su primer libro «Versos y Oraciones de Caminante». Este libro, impreso en Madrid, tiene su continuación diez años más tarde, en Nueva York, donde el poeta publica su segunda parte.

¿Qué ha pasado en este lapso de dos lustros? Algo esencial para un poeta: que León-Felipe ha vivido mucho y ha viajado mucho. Ha estado en el Africa ejerciendo de nuevo su profesión en Fernando Póo, la fértil isla del golfo de Guinea. De allí ha vuelto de nuevo a Madrid para partir en seguida hacia América. En México y Estados Unidos ejerce cátedras de literatura española y trabaja como traductor. (Los lectores de habla española conocimos a Waldo Frank por la traducción que León-Felipe hizo de «La España Virgen» del escritor norteamericano).

Entretanto, ¿cuál era el mensaje que León-Felipe nos entregaba en sus obras de esos años? Escuchemos lo que Enrique Diez-Canedo dijo al hablar de ellas: «León-Felipe huye de toda afectación, aunque quizá bordee la de la sencillez. Le vemos diluir un endecasílabo o un octasílabo en varios versos cortos, pero apenas esto nos parece artificio, porque es manifiesto propósito de quitar engolamiento, solemnidad, penacho a los metros usuales. Y en otra parte agrega: «Una solidaridad humana, una religiosidad sin fanatismo, una aceptación de la suerte, una confianza en Dios, expresada en imágenes calientes de vida vivida, son ahora el alma de la voz del poeta».

Sin embargo, si se examinan sus primeros poemas a la luz de los que ha publicado durante o después de la revolución, se nota en aquellos una inestabilidad angustiosa, un sentimiento de inseguridad y de desencanto cuya clave sólo encontraremos al examinar estos últimos. En un poema titulado «¿Quién soy yo?», de sus primeros libros, el poeta dice:

«Mi vida está en el aire
dando vueltas, ¡miradla!
como una moneda que decide...
¿Cara o cruz?
¿Quién quiere decirme quién soy yo?»

Mucho ha andado el poeta y, por lo mismo, anhela ser el intérprete de todo lo que cabe en el vasto mundo. Entonces canta:

«Sensible a todo viento
y bajo todos los cielos,
poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros».

Y en la primera parte de sus «Versos y Oraciones de Caminante», encontramos esta estrofa que hoy nos parece casi increíble en un poeta de raíz tan española como León Felipe:

«¡Qué
lástima
que yo no tenga
una patria!
Me da igual
Francia
que
España
y
que Alemania
y
que Italia».

¡León-Felipe no tenía una patria! Pero en 1936 el estallido de la revolución se la vino a dar. El poeta vuelve a España y principia su hora más intensa, esa viacrucis cuya historia está en las páginas de sus poemas titulados «La Insignia», «El Payaso de las Bofetadas y El Pescador de Caña» y en «El Hacha», tres largos poemas que son a la vez tres libros intensos.

Ante todo, hay que hacer resaltar que León-Felipe no pertenece a ningún partido político; es un noble poeta de izquierda que grita su verdad a la cara de cualquier bando. Él lucha por una unánime justicia, por esa justicia que, según sus palabras «es una flor que ya no prende en ninguna latitud», y que, por lo mismo, necesita de hombres que la hagan brotar y que mueran por ella. «La Justicia—dice el poeta—, trae siempre discordia, guerra y sangre entre los hombres,

no porque ella sea de naturaleza belicosa, sino porque los hombres que no están en su sitio la odian, no quieren oír la y tratan de ahogar su voz en ríos turbulentos de sangre».

No nos detendremos a hacer un análisis detallado de los libros que acabo de citar. Sin embargo, espigaré algunos de los pasajes más sobresalientes de ellos.

Hablando de las revoluciones dice: «Las revoluciones se hacen y se seguirán haciendo en la historia contra todos los tramposos: no sólo contra el capitalista, el señorito y el mercader, como quieren algunos, sino contra el historiador tramposo, contra el sabio tramposo, contra el arzobispo tramposo, contra el poeta tramposo y contra el líder tramposo también. Las revoluciones se hacen para restaurar la justicia y para colocar a cada hombre en su lugar. No se hacen tan sólo para resolver un problema de desigualdad económica y social, sino para resolver el gran problema del hombre». Y en otro pasaje repite: «No se puede hacer ninguna revolución mirando a la tierra solamente. Si luchamos por el pan nada más, sólo habrá guerras y rapiña».

En el fondo, los últimos libros de León-Felipe son un recio y continuo llamado de justicia total, un llamado al abandono de los divisionismos circunstanciales para unirse en un ideal superior y marchar hacia la búsqueda de una libertad y de una justicia que sean a la vez individuales y colectivas.

Cuando se trata de atacar, León-Felipe lo hace de

frente y sin ambages. Ante la estúpida frase que Lord Duff Cooper, Jefe del Almirantazgo de Inglaterra, dijo en el Parlamento Británico a raíz del problema de la no intervención:— «Todo lo que se ventila hoy en España no vale la vida de un marinero inglés».— El poeta lanza su anatema contra el Imperio Británico, «El pescador de caña» de su libro. Imprecas:

«Inglaterra,
eres la vieja raposa avarienta.
Italia es más noble que tú
y Alemania también,
En su rapiña y en sus crímenes
hay un turbio hálito nietzscheano de heroísmo, en el
(que no pueden respirar los mercaderes,
un gesto impetuoso y confuso de jugárselo todo a la
(última carta,
que no pueden comprender los hombres pragmáticos.
Si abriesen sus puertas a los vientos del mundo,
si las abriesen de par en par
y pasase por ellas la justicia
y la democracia heroica del hombre,
yo pactaría con las dos para echar sobre tu cara de
(vieja raposa sin dignidad y sin amor,
toda la saliva y todo el excremento del mundo».

Así León-Felipe defiende a su España, a su país al que identifica con don Quijote, el loco de las bofeta-

das, «el payaso de las bofetadas», según lo llama el poeta.

León Felipe había puesto en el triunfo de la república muchas esperanzas. Pero la república perdió la lucha. Entonces, desterrado en México, trata de explicarse el por qué de su España en ruinas y el por qué de tanta sangre vertida en vano. Así escribe su poema «El Hacha», al que subtitula «Elegía Española», y que es un buceo en los estratos más profundos de la personalidad española, en su individualismo exacerbado por no se sabe qué venenos. El poeta comprende que en la sangre de todo español se ha ido empozando un odio secular. Sus versos lo dicen:

«Disolvente es la sangre de esta tierra
lo mismo que las lágrimas,
y ha clavado banderas
plurales y enemigas
en todos los aleros».

Y más adelante:

«En España no hay bandos,
en esta tierra no hay bandos,
en esta tierra maldita no hay bandos.
No hay más que un hacha amarilla
que ha afilado el rencor.

¡Qué viejo veneno lleva el río
y el viento,

y el pan de tu meseta,
que emponzoña la sangre,
alimenta la envidia,
da ley al patricidio
y asesina el amor y la esperanza!»

Y ahora, para el poeta, ya no queda más que una redención, la que se obtiene por medio del dolor. Hay que llorar sobre el polvo de las esperanzas, de las ciudades destruidas, de los millares de muertos. Hay que llorar, porque:

«Toda la luz de la Tierra
la verá un día el hombre
por la ventana de una lágrima . . . »

He aquí la voz y el acento humano y profundo de un hombre, de un poeta español de hoy en día; de un poeta agónico (según la expresión tan querida a don Miguel de Unamuno), de un poeta que ha debido pasar por las pruebas máximas del desencanto y la injusticia. Pero también, he ahí la voz de un poeta que, a pesar de todo—como es un verdadero poeta y un verdadero hombre—, aun cree y seguirá creyendo en la esperanza de una redención y en el poder de una amplia Justicia.